

EL HOMBRE POSMODERNO

Fragmento extraído del libro "La Era del Acceso" de Jeremy Rifkin.

Está naciendo un nuevo arquetipo humano: parte de su vida la vive cómodamente en los mundos virtuales del ciberespacio; conoce bien el funcionamiento de una economía-red; está más interesado en tener experiencias excitantes y entretenidas que en acumular cosas; es capaz de interactuar simultáneamente en mundos paralelos, y de cambiar rápidamente de personalidad para adecuarse a cualquier nueva realidad -real o simulada- que se le presente. Los nuevos hombres y mujeres no son de la misma naturaleza que sus padres y abuelos, los burgueses de la era industrial.

Para el psicólogo Robert J. Lifton, los miembros de esta nueva generación son seres humanos "proteicos". Han crecido en urbanizaciones de interés común; su atención sanitaria corre a cargo de seguros médicos privados; tienen sus coches en leasing; compran or line; esperan recibir software gratuito, aunque están dispuestos a pagar por servicios complementarios y actualizaciones. Acostumbran a acceder a la información y recuperarla rápidamente, sólo prestan atención unos instantes; son menos reflexivos y más espontáneos. Piensan en sí mismos como intérpretes más que como trabajadores, y quieren que se les considere antes su creatividad que su laboriosidad. Han crecido en un mundo de empleo flexible (just-in-time) y están acostumbrados al trabajo temporal. De hecho, sus vidas son mucho más provisionales y mudables, y están menos asentadas, que las de sus padres. Son más terapéuticos que ideológicos, y piensan más con imágenes que con palabras. Aunque su capacidad de construir frases escrita es menor, es mayor la de procesar datos electrónicos. Son menos racionales y más emotivos. Para ellos, la realidad es Disneylandia y el Club Med, consideran el centro comercial su plaza pública e igualan soberanía del consumidor con democracia. Pasan tanto tiempo con personajes de ficción como con sus semejantes, incluso incorporan a su conversación a los personajes de ficción y su experiencia con ellos, convirtiéndolos en parte de su propia biografía. Sus mundos tienen menos límites, son más fluidos. Han crecido con el hipertexto, los vínculos de la página web y los bucles de la retroalimentación, tienen una percepción de la realidad más sistémica y participativa que lineal y objetiva. Son capaces de enviar mensajes a la dirección de correo electrónico de alguien incluso sin conocer su ubicación geográfica, sin preocuparse por ello. Ven el mundo como un escenario y viven sus propias vidas como si fueran representaciones. Estos hombres y mujeres tienen poco interés por la Historia, pero están obsesionados con el estilo y la moda. Son experimentales y buscan la innovación. Las costumbres, las tradiciones y las convenciones apenas existen en su entorno, siempre acelerado y cambiante.

Estos nuevos hombres y mujeres están empezando a dejar atrás la propiedad. El suyo es el mundo de la hiperrealidad y la experiencia momentánea: un mundo de redes, portales y conectividad. Para ellos, lo que cuenta es el acceso; estar desconectado es morir. Son los primeros en vivir en la era posmoderna.

La Modernidad

La modernidad contempló el triunfo de la propiedad privada como fundamento de la estructura de las relaciones humanas y el auge del racionalismo y el científicismo, la aparición de las ideologías y de las concepciones lineales de progreso.

La era moderna se caracterizaba por la creencia en que el mundo se rige por leyes inmutables que podemos conocer y explotar en beneficio de la humanidad. Los modernos reemplazaron la fe por la ideología, convencidos de que nuestra mente era capaz de sintetizar la enorme reserva de conocimientos acumulados en teorías comprobables, que explicasen el origen, desarrollo y funcionamiento de la naturaleza.

Los modernos introdujeron la idea del progreso. La Edad de Oro, decían, no se ubica en un pasado lejano, sino en un futuro negociable. Nuestra voluntad e ingenio (y no la intervención divina) conducirán a la humanidad a un nuevo paraíso terrenal: un mundo utópico de abundancia material. Un aristócrata francés, el marqués de Condorcet, predijo confiado:

No se ha fijado ningún límite para el desarrollo de las facultades humanas... la perfectibilidad del Hombre es totalmente infinita.

La visión del mundo del ilustrado constituía un gran metarrelato (una teoría englobadora) que le permitía explicar el funcionamiento de un nuevo orden social basado en las relaciones de propiedad e impulsado por el desarrollo capitalista. Los filósofos e intelectuales del momento estaban convencidos de que el pensamiento racional y el cálculo matemático riguroso podrían revelar los secretos del universo y dotar a la especie humana de un poder cuasi divino con el cual controlar la naturaleza.

La Posmodernidad

Los investigadores posmodernos rechazan la misma idea de una realidad fija y cognoscible. La primera grieta en la armadura ilustrada se abrió en el siglo XX, cuando el científico alemán Werner Heisenberg introdujo la idea de indeterminación en el debate científico. Las nuevas teorías sobre la materia y la energía dañaron aún más el metarrelato ilustrado. Recordemos que la física clásica define la materia como una sustancia física impenetrable. Las leyes de Newton están basadas en el principio de que dos partículas no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo. Sin embargo en los primeros años del siglo XX la concepción ortodoxa de los fenómenos físicos dio paso a otra, completamente distinta. A medida que los físicos profundizaban en el mundo de los átomos... lo -que durante mucho tiempo llamamos objetos físicos sólidos, advierten los físicos, simplemente son patrones de energía.

Para su sorpresa, los físicos descubrieron que el átomo era inmóvil. De hecho, resultó que el átomo no era una cosa, en su sentido material ordinario, sino un conjunto de fuerzas operando e interrelación. Todo es proceso y movimiento. Las ciencias físicas, de forma sigilosa pero inexorable, establecieron nuevas coordenadas filosóficas para pensar la realidad. Hoy día la teoría del caos, la teoría de las catástrofes y la teoría de la complejidad reflejan la creciente importancia científica de la contingencia, la indeterminación y la diversidad de la naturaleza.

Allí donde la ciencia moderna buscaba verdades últimas y partículas fundamentales, la nueva ciencia busca posibilidades inesperadas y patrones emergentes.

Si no hay una realidad fija y cognoscible, sino, más bien, realidades individuales que vamos creando al participar del mundo y experimentarlo, entonces no puede existir un metarrelato general, una visión englobadora de la realidad. El mundo para los posmodernos es una construcción humana. Lo creamos con las historias que inventamos para explicarlo. Este nuevo mundo no es objetivo, sino más bien contingente, no se compone de verdades, sino de posibilidades y opciones. Es un mundo creado por el lenguaje, unido por metáforas y significados consensuados y compartidos, que van cambiando con el paso del tiempo. La realidad no es algo que heredamos, sino algo que creamos enteramente al comunicárnosla. La realidad, por tanto, está en función del lenguaje que utilizamos para explicarla, describirla, e interactuar con ella. La realidad, citando a Hamlet, no es más que "palabras, palabras, palabras".

En el mundo posmoderno historias y representaciones se vuelven tan importantes como los hechos y las cifras, e incluso más. La nueva era disfruta con la semiótica (estudio de signos y significantes) y se preocupa tanto por las leyes gramaticales y semánticas como se preocupó la época moderna por las de la física.

Si en el mundo moderno la gente buscaba un sentido, en la posmodernidad se busca el juego. El orden, cualquiera sea, se considera sofocante. En cambio, la anarquía creativa no solo se tolera, sino que se busca. Hoy en día el verdadero orden es la espontaneidad.

Es todo un mundo de espectáculo y entretenimiento, de sofisticadas representaciones y elaboradas escenografías. En esta nueva era se ha derrocado el "principio de realidad", que gobernó nuestra conducta desde la Reforma protestante a la Revolución Industrial. Ahora impera el "principio del placer".

La sociología posmoderna enfatiza el pluralismo y la ambivalencia, y predica la tolerancia con respecto a las múltiples historias que constituyen la experiencia humana. No hay un régimen social ideal al que podamos aspirar, sino una multitud de experimentos culturales, todos igualmente válidos. Hay que evitar la idea de un progreso lineal inexorable hacia una

utopía futura admitida por todos. Los posmodernos celebran la diversidad de experiencias locales.

La nueva era es ambigua y diversa, entretenida y simpática, tolerante y caótica. Es ecléctica y muy irreverente. Las ideologías, las verdades inalterables y las leyes férreas se arrinconan para dejar espacio a toda clase de representaciones.

Así la era posmoderna se distingue por el juego, mientras que la laboriosidad era el distintivo de la era moderna.

La era posmoderna es más suave, más ligera, aliada del talento y los sentimientos, La conciencia racional se torna sospechosa, mientras que los deseos eróticos, ilusiones y rueños del inconsciente salen a la luz y se convierten realidad, o mejor dicho, en hiperrealidad.

Un posmoderno francés observó en una ocasión que si mientas crece, un niño pasa la mayor parte de su tiempo ante una pantalla sumergiéndose en una realidad virtual, esto ya no será virtual pasado un tiempo. Será la realidad. Baudrillard afirma que la televisión, por ejemplo, ya no es un sucedáneo de la realidad. Ya no dramatiza ni interpreta el mundo: "la televisión es el mundo".